



Santiago embellecida

Por _____

Joaquín Díaz Garcés

Con ilustraciones

Desde hace muchos años hay en la capital un grupo de personas que hablan de la transformación y embellecimiento de la ciudad. Pero estas ideas de progreso, de adelanto permanente, chocan a la masa burguesa de nuestros hacendados, profesionales y funcionarios del presupuesto. Así como se han burlado de los diplomáticos galoneados, y los han llamado vagos, maniáticos de la vanidad y del derroche, pagados en exceso, inútiles para el país; así han considerado los proyectos de embellecimiento de la capital como fantasías, imitaciones peligrosas, frivolidad e imprevisión. “Somos pobres,—dicen siempre,—y tenemos una ciudad con el panorama de la cordillera nevada, y un cerrito en el medio, que es

una de las maravillas del mundo; podemos enorgullecernos de la Alameda de las Delicias ¿para qué ambicionamos más?” En este terreno, todo el mundo puede divisar todavía las puntas de la cadena de rutina y de atraso que todo chileno llevaba al cuello, cuando de progresos materiales se trataba, y que cortadas, han ido encogiéndose o recogiendo hacia el pasado. Recordamos todavía haber oído a un señor acaudalado que se quejaba de que alguien pretendiera cerrar las acequias de la Alameda y exclamaba: “En ninguna ciudad del mundo hay nada igual. Es una poesía excuchar el rumor del agua...” Del olor nada decía. Muchas veces se repite que la planta de nuestra ciudad es ideal y que como la Alameda y el

Cerro no hay nada comparable; pues bien, ésto no es exacto, mejor dicho, es de absoluta falsedad. Si lo sostiene todavía alguien, es porque no ve ni entiendo lo que ve.

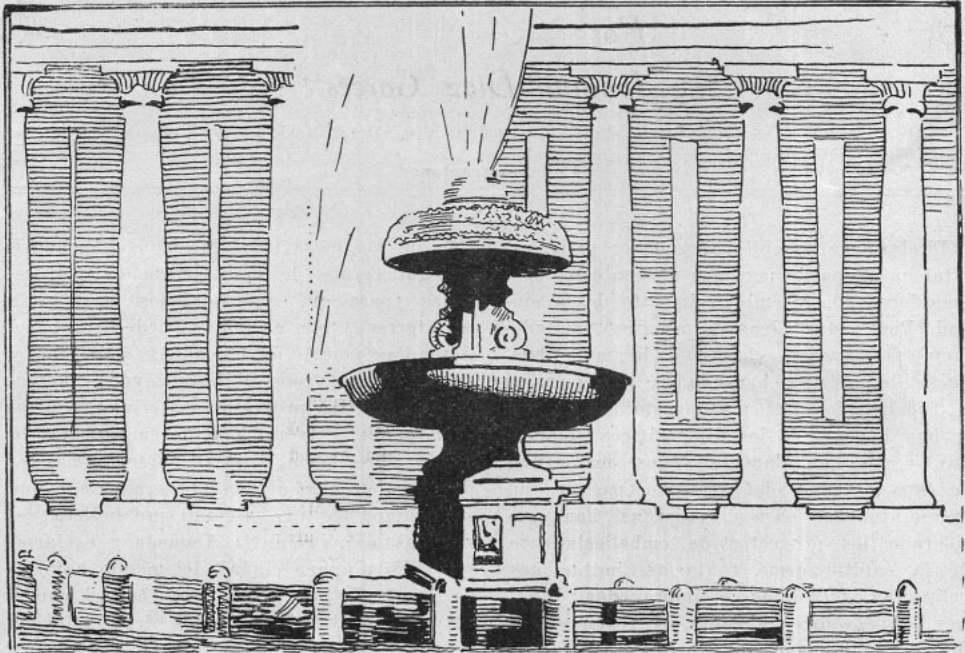
El panorama de la cordillera es maravilloso y único; pero nadie duerme y come de la contemplación de una sola bella vista, como no sea la de la gloria eterna. Si el extranjero no encuentra buenos hoteles ni calles limpias, ni jardines ni edificios dignos de atención, ni avenidas y plazas armoniosas y seductoras, se fatigará y escapará antes del término de su viaje.

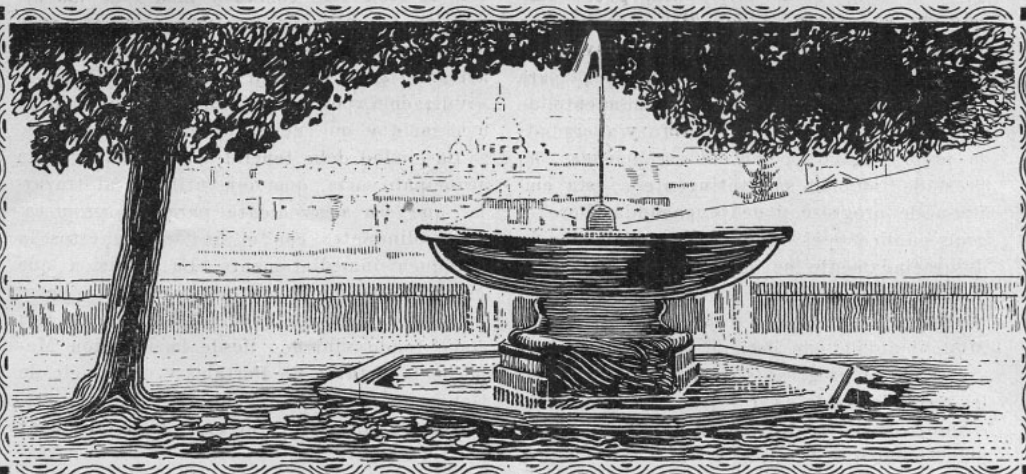
Es necesario recordar incesantemente que calles más feas que las de Catedral, Compañía, Agustinas, Moneda, Santo Domingo, tiradas a cordel, sin árboles, ni angostas ni anchas, tostadas por el sol en los ocho meses asoleados de Santiago, no hay en el mundo: Sin interrupción de plazas, de jardines, de árboles que cuelguen de los interiores, sin una curva, sin la interrupción de un arco, de un edificio monumental, de una cúpula, de un campanile, de cualquier centinela arquitectónico apostado en el medio, como para decir: por aquí no pasa nadie sin admirarme; esas calles siempre con casas de un piso, pocas veces de dos, rara

vez de tres, tipo común y medio de las de Santiago, hablan del espíritu estrecho, convencional, sin originalidad del habitante acomodado de la ciudad y además, para ser justos, de la extensión sin límite del radio urbano, que no provoca con la valorización de las calles más centrales, más altos y sólidos edificios.

No hemos sabido colocar un monumento, no hemos sido capaces de mantener una fuente con sus conductos en regla.

Cuando se habló de trazar una diagonal, la mayor objeción hecha al proyecto fué la de los terrenos "Irregulares", es decir no rectangulares, y lo que era más incomprensible, los terrenos con frente a tres calles. Cuando un gobernante tiene el proyecto de completar los espacios plantados de la ciudad y dicta una ley, como la de las avenidas del Mapocho, vienen los particulares y el mismo Estado a ocuparlas con mil argucias, a disputar ese bien de todos, a interrumpir la armonía de las largas filas de árboles. Es indispensable que nos convenzamos de la fealdad de nuestra ciudad, de su fealdad a toda prueba, y una vez convencidos de esta verdad indiscutible y fundamental, que oigamos las razones superiores





que son las mismas que mueven a los hombres a mejorar su persona, que son las mismas que mueven a los habitantes a asear y adornar sus casas, y a los gobiernos, municipalidades y ciudadanos de excepción a embellecer sus ciudades, y, en especial a los países ordenados y orgullosos, a coronar su capital.

La irradiación mental del conjunto bello sobre la persona; la influencia del medio sobre el individuo, son hechos comprobados. Se ha observado en las grandes ciudades que esa obra que podría llamarse de desventrar, de destripar los barrios confusos, insalubres y revueltos, para aclararlos por medio de plazas y expropiaciones de ensanche, ha traído inmediatamente una mejoría no sólo de la salud física sino de la moral, mayor afluencia de los niños a las escuelas del vecindario, huida de los antros de perdición que buscan la oscuridad y el mal olor, cambio y mejoría de los propietarios por el traspaso natural de los inmuebles. En estos fenómenos naturales influyen, en parte, otros menos analizados y no por eso menos importantes: la impresión saludable de la belleza, que aunque no pueda ser definida, es comprendida o sentida por el hombre desamparado de otros goces. La transformación de una ciudad no es obra precipitada, a corto plazo, no significa derroche, ni entusiasmo de exposición o centenario; sino método, plan, gradual desarrollo de las obras "en un mismo sentido". Nuestro actual plan de transformación es

una de las más colosales tonterías que se han hecho en país alguno de la tierra. Este ensanche de todas las calles, al mismo tiempo; de la de Veintiuno de Mayo, en que ya no se puede pasar y de la del Muerto en que no pasa un muerto ni su alma en pena, en veinticuatro horas, es el más solemne absurdo. La única gran avenida que se ha hecho en la ciudad, en el último tiempo, ha sido la llamada del Centenario, la cual no tenía objeto determinado alguno y que,—como lo dijo muy exactamente don Ismael Valdés Valdés, no progresará mucho, pues parte de sus transeúntes no vuelve más, ya que su fin es el Cementerio Jeneral.

No; ésta no es la transformación para embellecer y completar una ciudad. Hay reglas de buen sentido, dictadas por la práctica de los siglos, que trazan la norma de estos trabajos nacionales.

Estas son las que fijan los límites urbanos, las que forman grandes centros o cajas de distribución del tránsito, las que abren espacios libres para parques y jardines, las que acortan las distancias de una ciudad hecha a casilleros de ajedrez, trazada a cordel, las que destinan también alguna corta avenida de lujo, bien alumbrada para aposentar hoteles, "restaurants" y teatros que el extranjero pueda abarcar fácilmente. Se ha trabajado bastante en la materia por un núcleo de vecinos; don Ismael Valdés Vergara, hizo venir, costeando con su propio peculio, planos y dibujos para la exposición del Con-

greso de Gobierno Local; los señores Mackenna, Subereaseaux, Carvajal, y otros, formaron una agrupación de interesados por estos proyectos; trazaron planos y dibujos para mostrar y vulgarizar el aprovechamiento de las actuales bellezas para la futura ciudad; la prensa, salvo pequeñas excepciones, ha prestado también su contingente a esta empresa de progreso y de propaganda. Pero el gran público y el Congreso han permanecido desgraciadamente en la mayor indiferencia.

Este es el peligro para Santiago: indiferencia parlamentaria respecto de la mala Municipalidad, que detiene todo su progreso y no sólo el progreso sino las más elementales condiciones de aseo y orden en la ciudad; e indiferencia parlamentaria respecto del plan definitivo de transformación de la capital de Chile.

Santiago necesita antes que todo, y sobre todo, una avenida diagonal que partiendo de la Plaza de Armas o de cualquier punto central como la Estación Mapocho, lleve en línea recta a la Estación Alameda, uniendo así con una avenida comercial las estaciones del norte y del sur, como en muchas grandes capitales.

En el curso de esta gran avenida, habrá una plaza y en esta plaza el Teatro Popular, un gran coliseo con capacidad para algunos miles de personas, colocado bajo la supervigilancia de gente de buen gusto, como sería por ejemplo la Comisión de Bellas Artes. Este sitio estaría unido a todas las líneas de tranvías, de manera de hacer muy corta la distancia de todos los extremos del radio urbano. Desde el punto de vista social los grandes teatros populares merecen la mayor atención. "Assembler les hommes, c'est déjà les emouvoir" decía Thiers.

Nada es más extraño y más admirable que la indiferencia de los hombres públicos por este elemento de civilización fundado sobre los espectáculos públicos. Creen que todo esto debe abandonarse a la iniciativa privada. Sin embargo el gran circo Popular, el anfiteatro para miles de personas, donde vibran las muchedumbres tomadas de la mano, con los recuerdos patrióticos y las propagandas fecundas, no es negocio para empresarios si no hay ayuda fiscal. Así lo entendieron griegos y romanos, y hoy día todos los gobiernos y municipalidades del mundo. No hay ciudad que no muestre restos de los grandes coliseos antiguos y algunos los han aprovechado para los espectáculos modernos. El

anfiteatro Corea de Roma está edificado sobre el Agusteum y ha tomado nuevamente este nombre. No creamos que es posible sustituir el gran teatro Popular, viejo como la civilización, por el estádium, que también es necesario y que debe coexistir con aquel.

La ciudad debe tener también una avenida principal, corta, que deje utilidad al trazarla, que sea conveniente para los propietarios colindantes con el fin de que éstos la edifiquen inmediatamente. La comisión que estudió este problema pensó en una entre las calles Morandé y Teatinos que tendría como fondo viniendo desde la Estación Mapocho la Estatua de Portales y el Palacio de Gobierno. Sería la avenida corta, elegante, iluminada, que vería el extranjero al llegar a la ciudad.

Pero sobre esta obra, menos esencial, se impone la reglamentación de edificios en diversos puntos de la ciudad. Concordando la voluntad de los particulares, se logran verdaderas maravillas, que no cuestan un centavo más.

Comprendemos que en materia de ornamento y decoro de capital nos falta todo. Tenemos la base solamente. Los jardines son escasos; los monumentos flaquean en su gran mayoría y hay algunos deplorables; faltan estatuas en los jardines.

¿Y qué diremos del profundo desprecio manifestado por los municipios al elemento más útil y agradable de los jardines y paseos públicos, a los juegos, estanques o cascadas de agua? El ensayo de dos lagunas mal estudiadas y pronto fracasadas, la ruptura de la fuente de Neptuno en la Alameda por una asonada popular, la destrucción de otras pilas como en la Plaza Montt-Varas, la interrupción y obstrucción de casi todos los conductos y vertientes en las que quedan enteras, por escasez de agua: hé ahí el cuadro que presenta una ciudad meridional, de sol y de sequedad cordillerana como Santiago, en materia de fuentes públicas. Ahora que, gracias a la genial idea de Vicuña Mackenna y a la perseverante propaganda de la prensa, vendrá un gran curso de agua cristalina desde los contra-fuertes andinos, debemos pensar en estas pobres víctimas de nuestra incuria y falta de comprensión del Arte Público. Hay que buscar algunas desterradas y colocarlas donde estuvieron, hay que curar a algunas inválidas y enfermas, hay que construir otras. Más de uno de esos bebederos públicos, surgidos por iniciativa de

Valdés Vergara, podría convertirse en fuente monumental. ¡Pensar que antes de hacerse estas *vascas* de cemento romano no tenían ni los aurigas ni los caballos más agua que la infecta de la acequia! Lo extraño es que las bestias no se hicieran también alcohólicas.

Hagamos fuentes y tratemos de que la belleza estatuaria no quede encerrada en los museos. Hace poco tuvimos la oportunidad de ver, con motivo de la Exposición de Flores, el agrado que causaba al público la unión armónica de los jardines y plantas con el mármol blanco. El señor Director de la Quinta Normal don Francisco Rojas Huneus, estudió entones con el Director de la Escuela y Museo de Bellas Artes, el proyecto de fundir en fierro u obtener de otra manera económica algunas estatuas para la Quinta Normal.

Las viñetas de estas páginas dan una idea de lo que serían las reproducciones de las Dianas, Apolos y Venus, escapando de las galerías cerradas, para surgir en los prallos verdes y entre los árboles. Jardines, estatuas y fuentes, son hermanos; se conocen, se comprenden, se complementan para revelar la belleza a los ciegos. Tratemos de realizar algo de ésto!

Quien haya visitado últimamente el hall central del antiguo Mercado, ¿no ha notado algo nuevo, algo de simpatía, de educación, de bienestar, de júbilo en la nueva agrupación de los mesones de venta? El alcalde Valdés Vergara, cumpliendo el legado de don Francisco Echaurren, confió al gran escultor don Carlos Lagarrigue, una fuente que está colocada en el cruce del Mercado. Es una esbelta figura de niña, fundida en bronce, colocada sobre fuente de piedra o mármol oscuro, chileno. Terminado en plazo muy estrecho, le faltan aún retoques que el autor se propone ejecutar en ocasión oportuna. Esta fuente, surte un escaso chorro de agua que sirve para la sed de los comerciantes y sus empleados, que antes eran estimulados a saciarla con bebidas espirituosas. El juicio sobre utilidad quedó hecho con esto sólo; pero el de su belleza lo han formulado con sencillez los vendedores de legumbres y frutas que nos decían hace poco:

—“¡Es una gran compañía, Señor!”

Deberíamos tomar como modelo a Roma, la ciudad de las fuentes. Su clima es semejante al nuestro; menos cambios de tempe-



ratura: algo menos rudo el frío en el rigor del invierno; pero la luz es tan clara y el sol tan quemante como aquí. Un escritor y músico, Camille Bellaigue, en un libro reciente habla de las fuentes romanas, aun de las pequeñas. Mirad las reproducciones de estas páginas, ved entre ellas la fuente que se destaca bajo las encinas, en alto del Pincio, con el horizonte característico de San Pedro. He aquí lo que dice el escritor:

“Delante de la puerta de la villa Médicis, surge una fuente sencilla, bajo el follaje de las encinas siempre verdes; un arco cortado en sus ramas oscuras encuadra el surtidor esbelto y a lo lejos la cúpula de la gran Basílica. Su rumor va acompañado los sueños de nuestros artistas jóvenes. (La villa Médicis es la escuela de Francia.) Un siglo, a lo menos, de nuestro genio creador ha pasado por aquí, mirándole y escuchándole. Sobre la colina romana, ella es un poco la fontana de Francia y de los ecos de nuestra gloria que se mezcla en todas sus canciones”. Mirad también la severa forma de una de las dos fuentes de la plaza de San Pedro: lo que tiene tras de sus dos tazas de bronce, la columnata del Bernini. Mirad, en fin, la otra llamada de las Tortugas en que cuatro adolescentes desnudos depositan pequeñas tortugas que se escapan sobre la taza superior. Y me guardo la mención de esas grandes monumentales fuentes del Acqua Paola, del Acqua Felice que envidiamos para conmemorar la llegada del agua de la Laguna Negra a Santiago.

Se acaba de designar una excelente comisión de Bellas Artes, compuesta de los señores don Luis Barros Borgoño, don Paulino Alfonso, don Ramón Subercaseaux, don Alberto Mackenna, don Benjamín Errázuriz,

don Joaquín Figueroa, don Luis Izquierdo, don Guillermo Amunátegui, don Ramón Balmaceda y el Director del Servicio.

Esta comisión debería trabajar con la nombrada para formar el definitivo plan de transformación de Santiago y obtener alguna tuición oficial que le permita intervenir en la aprobación de fachadas de edificios, de

monumentos, de templos, que tanto contribuyen a engrandecer una ciudad.

Estas líneas no contienen sino la aspiración de ver al Arte Público avecindado en la capital de Chile, como guardian contra la fealdad, como purificador de la atmósfera de la vieja aldea, como educador del pueblo inteligente que la habita.

